

Nº II 2007

ALBERTO CAMBÀ

2007



El Libro 
de la Mujer

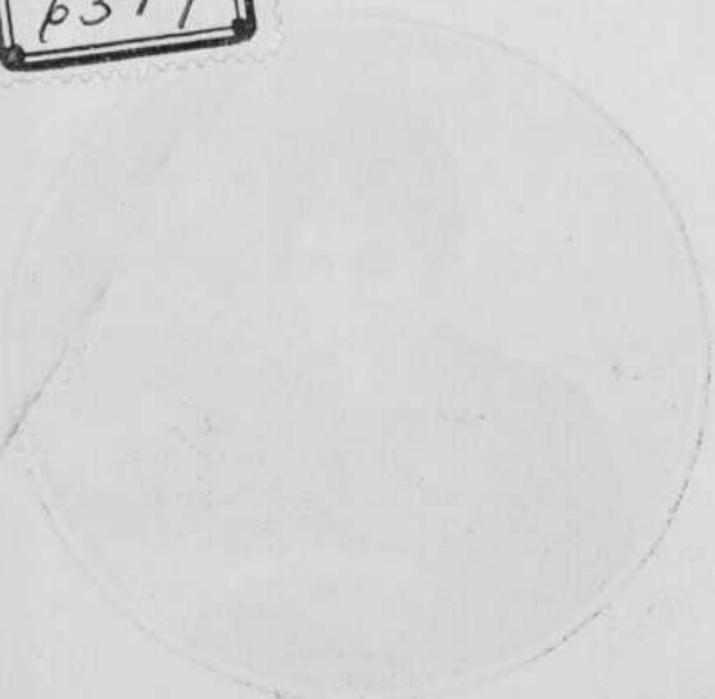
EL LIBRO DE LA MUJER

ALFONSO CAMBÀ

1757 AS

Tit ni 33202

6319



41951

Faint, mirrored text at the bottom of the page, likely bleed-through from the reverse side. The text is mostly illegible but appears to contain words like "Libra" and "de la".

EL LIBRO DE LA MUJER



rac Sig.: 1717 AS
Tit.: El libro de la mujer
Aut.: Camba, Alberto
Cód.: 51041951



EL LIBRO DE LA MILITIA



R.-2007

ALBERTO CAMBA

o o o

El libro de la mujer



Gran Est.º Tipográfico
El Adelantado de Segovia
San Agustín, 7

191e

R. 200

ALBERTO CAMBA

El libro de la mujer



El libro de la mujer
de Alberto Camba
1904

A Herminia Bonal.

CON hondo fervor te dedico estas páginas ingenuas, llenas de devoción, para que, al abrasarse tu espíritu en las castas lumbres del amor de madre y de esposa, en el íntimo recogimiento de tus soledades, sirvan sus normas de estímulo a nuestras hijas Carmen, Rosario y María Luisa durante el curso de sus vidas. El nombre de madre es ya harto augusto y magnífico para santificarte. Pero si en la práctica de tan alto menester procedes con el celo y sacrificio que aplicas a dirigir sus tiernas almitas blancas, el señorío de tu espíritu se elevará a cumbres de santidad. Tengo fe absoluta en que con la ejemplaridad de tu conducta y la firmeza

de tus virtudes, sabrás hacer de nuestras pequeñas, unas mujeres buenas y dignas, fieles y humildes, laboriosas y sencillas, discretas y afebles, que sepan cumplir rectamente sus deberes y no sean unas lindas muñequitas inútiles.

Rindiendo justicia a la alteza de tu alma, a la reciedumbre de tu voluntad, a la pureza nobilísima de tus sentimientos y al tesoro de gracia moral con que el Excelso se sirvió regalarte para honra tuya y gloria mía, te ofrendo este glosario de ideales, con la ambición y la esperanza de que en el porvenir sea la estrella luminosa que oriente a nuestras hijas en el camino de sus vidas.

Alberto Camba.

Madrid-Septiembre-1919.

Palabras de una mujer

Las mujeres españolas están reaccionando. Poco a poco van percatándose de la trascendencia de su misión y despojándose de prejuicios y rutinas. Si la mujer persiste en su ideal libertador, la vida tomará nuevos rumbos.

En contra de la opinión de algunos doctos varones, yo creo que la finalidad de la mujer es más amplia y compleja que la de distribuir lo que el hombre tiene *la bondad de entregarle*, con arreglo a un plan de necesidades impuesto por el hombre mismo.

La mujer—argumentan los aludidos señores—se debe totalmente al hijo y todo cuanto no sea esclavizarla a él, será desplazarla fuera de las órbitas naturales de su misión.

Está bien—podría replicarse—que la mujer se aplique íntegramente a los cuidados del hijo. Pero acondicionando sus

sacrificios a un fin práctico, para que no resulten infecundos. Cuanto más culta sea la mujer, es indudable que con más perfección se verá reproducida en el hijo. Del mismo modo que, fisiológicamente, son más fuertes los hombres cuyos padres fueron más sanos, así también serán moralmente más fuertes aquellos que en su contacto con los padres hayan recibido más prudentes enseñanzas u observado más nobles ejemplos. Negar esto es tanto como suponer que, en el proceso de la especie, el niño sólo se forma absorbiendo el zumo que segrega el pecho de la madre, descartando la asimilación constante y progresiva de los sentimientos, de los hábitos, de los gustos y de todo lo que, en suma, constituye nuestra esencia racional.

Los que suponen que la instrucción prostituye la pristina pureza del sentimiento, incurren en un error tremendo. La cultura bien dirigida y aplicada sirve para adquirir el verdadero concepto humano del dolor. La actuación cultural ejerce una influencia directa sobre el espíritu femenino, intensificando su sensibilidad. Los conocimientos obtenidos

por el estudio sirven de aliento firmísimo en el ejercicio de la función de madre. Gracias a ellos, las mujeres cultas tienen una norma, conocen las causas de sus amarguras y están en condiciones de combatirlas y vencerlas con más sentido real que aquellas a quienes la ignorancia postra en el abatimiento o en la desesperación.

Dentro del hogar es donde resultan más perceptibles las ventajas de la cultura femenina. Los doctos varones a que me referí antes temen a la instrucción de la mujer porque creen que con ella habrá de peligrar el absolutismo de su autoridad. Es una suspicacia de orgullo o de egoísmo la que les induce a alzarse contra la cultura femenina. No de otro modo se explica el tesón con que se oponen a que la mujer amplíe el margen de sus prerrogativas y derechos. Más que compañeras afebles que compartan con ellos las responsabilidades del gobierno de la familia, parece que prefieren siervas manumitidas por el incentivo de la belleza carnal. Ellos dictadores, jueces, árbitros. Las mujeres, ejecutoras sumisas de sus mandatos. Teoría muy regalada para

ellos pero que está en abierta desarmonía con las corrientes liberales de la época.

A mí me producen una impresión francamente empalagosa las literatas que pierden el tiempo rimando loas astrales. En cambio, admiro a las escritoras que nos muestran cómo piensa, cómo siente y cómo se sacrifica la mujer. Los hombres no deben tener la pretensión de conocer el alma femenina tan íntimamente como la conocen las mujeres mismas.

Es indudable que doña Concepción Arenal y doña Rosalía de Castro han hecho con sus producciones pedagógicas más propaganda educadora que muchas madres. La especialización de aptitudes que suelen establecer algunos hombres sobre la base de la superioridad mental masculina, carece de fundamento serio. El hombre y la mujer, conjuntamente, deben administrar, resolver, educar y regir la familia.

La mujer tiene un valor social definido, que hay que coordinar prudentemente con el del hombre, para que ambos reunidos satisfagan las condiciones de la ecuación que la vida plantea constantemente.

Herminia Bonal.

Educación de la mujer

Al hablar de la educación de la mujer conviene distinguir entre la que generalmente conoce el vulgo con el nombre de urbanidad, y la que pudiera llamarse educación fundamental. Aquélla se compendia en un determinado número de preceptos referentes a los diversos modos de conducirse en sociedad. La educación fundamental consiste en la ordenación y dirección del sentimiento, en el trabajo que realiza el individuo para capacitarse moralmente y actuar con dignidad en el concierto social, en el desarrollo armónico de sus potencias espirituales para cumplir eficazmente los fines de la vida, y en el perfeccionamiento de su aptitud para afrontar los conflictos que en la misma se presentan. Estas definiciones inducen a considerar la educación en dos aspectos: accidental, o sea como puli-

mento de lujo, y permanente, o sea como cualidad esencial del individuo.

Refiriéndome a este último concepto de la educación, he de afirmar que la primera condición que debe poseer la mujer es la aptitud para adaptarse a las exigencias de la realidad. La pureza del sentimiento es la base en que se afirma la verdadera virtud. La mujer, cuya sensibilidad moral sea susceptible de impresionarse fácilmente en un sentido de misericordia y de amor, será buena esposa, buena madre y buena ciudadana. En los momentos de dolor sabrá imponerse a los más crueles fatalismos y a los desenfrenos del instinto, y en su razón brillará siempre una luz que le marque el camino de salvación. En la opulencia será generosa y afable, porque tendrá noción exacta del valor que la realza sobre las demás mujeres, y jamás llegará a engreirse con altivas fatuidades. Sobre todas las prendas de belleza que la adornen será la educación la que mejor eleve su condición, haciéndola soberanamente hermosa y adorable.

De muchas mujeres se dice que están bien educadas porque al presentarse en

sociedad saben guardar la etiqueta en forma irreprochable. De estas mujeres que conocen y practican los recursos del *flirt*, que entienden el lenguaje del abanico, de los guantes y de las flores, y que saben galanas mentiras para adular, convencer y embaucar, no puede en justicia decirse que están bien educadas por la corrección con que se conducen en un baile o en una visita, sino que son hábiles mundanas. Pueden ser mujeres de tosca estructura espiritual que, temiendo al ridículo, cuando se ven obligadas a resolver los graves problemas que se plantean en la vida, se confinan tímidamente en márgenes de prudencia para no descubrirse.

No es el detalle de la sonrisa, del gesto o de la blanda garrulería, el indicio más seguro para convencerse de la buena educación de una mujer. Es algo que se trasluce en el trato, sin afectación, y que se guarda en el alma como un bello tesoro de sabiduría, de virtud y de modestia.

La educación, en el verdadero sentido de la palabra, no tiene falsos cabrilleos. Torna amables y dóciles a los tempera

mentos más hoscos y rebeldes, y con sus lumbres vivas funde y pule la aspereza de las almas, trocando en fino metal lo que antes fué tosca escoria.

Sus huellas duran siempre, eternamente, mientras en la mujer no se extinguen los destellos de la razón.

El más alto ideal que debe perseguir la mujer es educarse en el sentido de que queda hecho mención. A los encantos de la belleza corporal sumará los derivados de la exquisitez del trato. Con esta prenda de tan excelsa ley triunfará de toda clase de miserias; se elevará sobre el dolor y reinará siempre en la voluntad del hombre.



La mujer y la Patria

Circunscribiendo el concepto de Patria a los límites geográficos del territorio donde vive una raza, se observa que la influencia de la mujer contribuye notablemente a fortalecerla. Más que con alientos materiales, se logra elevar el respeto a un pueblo y consolidar sus energías, uniendo sus átomos sobre la base de una firme comunión de amores. La unión de los espíritus unificará también las voluntades, los intereses, los ideales, las tradiciones y las costumbres, creando una fuerza capaz de salvar el porvenir cuando se vea amenazado de peligros inmediatos.

Aceptada la idea de que la Patria no es otra cosa que una gran familia, se advierte pronto la influencia importantísima que la mujer habrá de ejercer en ella. Si en el régimen interior de una casa, la

mujer es indolente o torpe, el gobierno de la familia será ruinoso. Inevitablemente surgirán el desbarajuste económico y el desconcierto entre los hijos.

Cada cual procederá según su particular antojo, sin una acción conjuntiva que regularice el proceso normal de la vida. En cambio, si la mujer se aplica a la dirección del hogar con celo, rectitud y buen juicio, la existencia se hará grata, el amor unirá con fuertes vínculos a los padres, hijos y hermanos, y la vida se deslizará acordadamente, sin discrepancias, ni violencias que amenacen el prestigio, la paz y la prosperidad de la familia.

A la mujer puede considerársele como el centro de un sistema de voluntades alrededor del cual giran las actividades de la familia. Ejemplo que confirme esta comparación se encuentra en esos matrimonios con hijos pequeños, en los que repentinamente falta la madre. Entregados los niños a manos mercenarias, están mal atendidos aunque se dediquen a su cuidado cantidades enormes. Al padre le faltará corazón, paciencia y ternura, *le faltará ser madre*, para poder sustituir eficazmente a la verdadera madre. Por

extremosa que sea su bondad para con los hijos, no los verá nunca tan bien tratados como antes, ni en su casa hallará la organización que hubo cuando vivía la esposa. Todo esto será consecuencia de la falta de la mujer que, inspirándose en el amor, concordaba las energías de todos en moldes de prudencia.

Cuando veo por las calles a algunos caballeros enlutados que acompañan a niños vestidos de negro, siento una pena inmensa. Pienso inmediatamente en la frialdad del hogar donde falta el aliento generoso de la madre. Espontáneamente comparo la desolación de aquella familia con la de una pequeña Patria rota.

Si dentro de la breve dimensión de una familia reconocemos la influencia decisiva que ejerce la mujer, al ampliar la idea al concepto de Patria, tendremos también que admitir que la misión de la mujer dentro de ella es evidentemente trascendental.

La Patria es más de las mujeres que de los hombres, aunque éstos sean los que con más estrépito la enaltezcan. Las madres crean las Patrias, dándoles hombres, las engrandecen encendiendo a los

hijos en las puras lumbres del amor, las glorifican con el ejemplo de sus virtudes y las prostituyen con el escarnio de sus vilezas. La mujer es la Reina y Señora de la humanidad por la omnipotencia de su ingenio y por el señorío de su gracia. Matria llamaron los antiguos a la Patria, con más sentido real que nosotros. A la Patria, pues, debemos amarla como a la madre, sin distingos, ambigüedades ni reservas, porque la madre es la única que sabe dar su sangre, su amor y su vida para salvar al hijo.



La mujer y la familia

Son muchos los publicistas que señalan como causa principal de la decadencia de los pueblos, la lenta extinción de los afectos familiares. La vida moderna, toda actividad, tensión y estrépito, ha ido desarticulando paulatinamente los vínculos afectivos que antes unían a los miembros de la familia. El amor, el divino amor humano que todo lo ennoblece, pasa por los hogares como una ráfaga. La Aritmética, fría y rígida, ha trocado con sus cálculos y porcentajes en cifras sin alma, lo que siempre fué ensueño, expansión generosa, locura sublime. De los cuentos del abuelo, de aquellas tiernas pláticas con los nietos, en que al amor de la lumbre se recordaban las remotas hazañas juveniles, no queda ahora más que una vaga leyenda lejana un tenue perfume que se pierde en el olvido. Los

ímpetus materialistas de las generaciones modernas han ahogado a los dulces encantos de la tradición.

Políticamente es la familia, el centro y origen de todas las actividades sociales. El Estado, la provincia, el Municipio y aun la tribu, no son más que encarnaciones vivas de la familia en la más exacta acepción jurídica de la palabra. La familia constituye la síntesis mínima de la sociabilidad de las criaturas, puesto que el individualismo independiente está demostrado que es infecundo. Si el Estado, que es la más alta representación de la sociedad humana, está integrado por la reunión de familias, es indudable que cuanto más perfectas sean éstas, más perfecto, más apto y más fuerte será aquél. Descartado el individualismo por su insuficiencia para cumplir aisladamente los fines materiales y morales de la vida, resulta que en la genealogía de la estirpe social, la familia es la unidad que sirve de base a la formación de las diversas unidades colectivas denominadas Municipio, Provincia, Estado.

Lo expuesto viene a demostrar que las adversidades y grandezas de los pueblos

son consecuencia del grado de perfección moral de la familia. Por esta razón debe ser norma preferente de los directores de los pueblos cultivar intensamente la familia y arraigarla en el individuo. Las energías que más fuertemente ligan a la familia son: el amor, base cardinal de todas las actuaciones espirituales; el interés, el ideal, la costumbre y la tradición. Si todas las energías dispersas por eventualidades inevitables convergen en momentos dados para cumplir un fin, el aliento colectivo resurgirá con aliento viril. No de otro modo se produce el patriotismo, que es la suprema exaltación de un pueblo por motivos de índole económica, mercantil, religiosa, histórica, de amenaza o de conquista, y muchas veces de orden romántico. La Patria en este caso es una gran familia compuesta de muchas familias afines. El territorio es el hogar, la casa solariega de la raza.

Demostrada la influencia de la familia en su relación con la vida de Estado, falta conocer la misión que a la mujer incumbe dentro de ella. Si ha de ser la mujer la que gobierne la casa, cuide a los hijos, distribuya los ingresos, vigile a los cria-

dos, ordene los gastos, dirija las labores y concierte el régimen interior del hogar. Es indudable que de su acción personal dependerán directamente las prosperidades o fracasos que el porvenir reserve a la familia. La ternura, la delicadeza del instinto, la predisposición para el sufrimiento, el optimismo generoso de su amor y la energía moral para sobreponerse a toda clase de adversidades, hacen irremplazable a la mujer. Si es buena, justa, cariñosa y apta, la familia se desenvolverá felizmente. Si es apática, embarrullada, reacia o torpe, la paz de la familia se verá siempre malograda.

En cualquier aspecto que se considere a la mujer, es fundamentalmente la directora de la especie humana; a sus insinuaciones amables ceden indefectiblemente las más desbordadas violencias del hombre. La fuerza de su amor, su debilidad misma, le hacen vencer siempre. Por eso deben enfilarse sus aptitudes a la consecución del bienestar de la familia.

La impresión que la virtud de la mujer ejerce en el alma del hombre no se extingue jamás. Dura siempre, mientras la criatura alienta. En nuestros momen-

tos de dolor, de peligro o de inquietud, volvemos los ojos suplicantes a ella para que nos consuele y alivie. El nombre de madre diviniza a la mujer.

Con las sutilezas de su amor, son las mujeres las que hacen los pueblos grandes y las Patrias fuertes. Sin riesgo de rectificación, quizás pueda afirmarse que las madres son los funcionarios del Estado más útiles y anónimos.



La mujer en la misericordia y en el dolor

Es norma bastante generalizada en la clase media educar a la mujer, apartándola de cuanto signifique miseria y dolor. Estímase que el contacto con la realidad de la vida, que es en resumidas cuentas lo que vienen a ser la miseria y el dolor, prostituye la inocencia de las niñas. Llevados de este torpe prejuicio, se coloca a las mujeres en un falso ambiente, se les atrofia la sensibilidad y se les muestran perspectivas que, al no confirmarse en el porvenir, las llevan al desaliento, a la desorientación y a la ruina.

La mujer—afirman doctoralmente algunos moralistas a ultranza—debe huir de la miseria y del dolor como de monstruos que envilecen a su alma. A las niñas debe presentárseles la vida, no como

realmente es, sino como debiera serlo si los hombres fuésemos como debiéramos ser, es decir, como un paraíso encantado, lleno de flores y pájaros, de perfumes y fuentes. La parte trágica debe ocultárseles para que sus espíritus no se impresionen tristemente. Tiempo tendrán en el transcurso de los años para saber lo que son penas y para llorarlas largamente. Mientras sea posible, deberá mantenerse las en la ignorancia más hermética. Sólo de este modo poseerán un concepto grato de la existencia.

Yo creo que en la formación del alma femenina deben intervenir mancomunadamente el optimismo y el pesimismo. Sólo así llegará a adquirir la voluntad de la mujer una fortaleza que le permita abordar los dramas de la vida sin sorprenderse ni horrorizarse. El optimismo a todo pasto acabaría por acorchar los sentidos. El pesimismo solo, concluiría por destruir la mayor entereza física.

En el estado actual de nuestra sociedad, la perfección moral de la mujer no depende del conocimiento que tenga de la vida, ni tampoco de la alteza de sus sentimientos, ni siquiera de la capacidad

para regirse a sí misma. Depende exclusivamente del grado de su estulticia. Cuanto mayor sea su ignorancia, será más angelical, más adorable, más *moderna*. Consecuencia de este sistema educativo es el caso que con tan lamentable frecuencia se da en nuestra sociedad. El matrimonio lo acepta la mujer, la mayoría de las veces, como seguro de vida, más bien que como noble anhelo de asociación amorosa. El desconocimiento de la realidad de la vida, vista desde larga distancia, a través de los convencionalismos sociales, pone a la mujer española en el dilema de transigir con lo que no es objeto de una selección escrupulosa por parte de su libre voluntad, o de renunciar a casarse. Apremiada por las circunstancias, en muchísimas ocasiones se deja arrastrar por la fatalidad, resignada con la incertidumbre de su rumbo, como alga que flota sobre la corriente de un río.

La mujer española es tan apta como pueda serlo la de cualquier otro país, para aportar su concurso al desenvolvimiento de la vida. Lo que la diferencia de las extranjeras, es la falta de costum-

bre para manejarse sola fuera de casa. Por este motivo es irresoluta y medrosa. No hay que achacar a torpeza lo que sólo es tibieza de ánimo, ni a falta de iniciativas lo que realmente debe atribuirse a carencia de hábito. El régimen de reclusión en que vive y el ostracismo a que se se la condena desde que sale de la infancia, hace que no conozca al hombre, ni se conozca ella misma suficientemente.

Huir de la miseria y del dolor en cuanto no tenga de repulsivo o denigrante, es engañar a la mujer y dejarla indefensa para el porvenir.

La miseria y el dolor son pródigos en enseñanzas cuando se les observa serenamente. Por lo menos, templan las almas, hacen más profundo el júbilo porque con el contraste se aprecia exactamente la medida del goce, y enfrenan la soberbia con deducciones que confirman la inconsistencia de las grandezas humanas. La miseria y el dolor son la mejor escuela para educar experimentalmente a las almas.

Las mujeres que no saben sufrir, difícilmente podrán amar. Por esta causa entiendo yo, que apartándolas en abso-

luto de la realidad, se les da la sensación de una vida falsa. Creemos inhumano enseñar a la mujer lo que es el dolor, cuando precisamente el dolor es lo más humano de la vida, lo que nos acompaña siempre, lo que nos eleva y lo que nos rinde. Conociéndole a fondo en sus acechos y embestidas podremos prevenirnos para combatirlo eficazmente.

El dolor, visto al trasluz, se convierte en triunfo. Tras él está el ansia de vencerlo y la esperanza de rendirlo. En determinadas ocasiones fortalece nuestro espíritu y lo temple para la lucha. Cuando ahonda demasiado, sirve de acicate para lanzarnos a la conquista de bienes que ni siquiera soñamos poseer por creernos demasiado pequeños para aspirar a ellos. El dolor, con su aparejo de abatimientos y renunciaciones temporales, suele ser muchas veces el verdadero redentor del hombre.



La mujer en el gobierno de la casa

En el régimen doméstico es la mujer la que inspira y dirige la vida de la familia. Dentro de lo que permite la cifra de los ingresos, debe tener la mujer cierta amplitud en el uso de sus atribuciones para ordenar los gastos con libertad de criterio. Este aspecto económico de la misión femenina en el gobierno de la casa exige conocimientos, aptitudes y aficiones que no sólo se consolidan con la experiencia, sino que son fruto de una seria observación razonada. El desorden en la administración de los intereses familiares acarrea la confusión, las desavenencias, la infelicidad y el desastre.

La labor de coordinar las cifras con las atenciones no es una labor mecánica. Supone cierta intuición, que no puede re-

pentizarse en un momento crítico y cierta práctica de la vida que hace a unas mujeres superiores a otras. Si la objetividad de la función femenina fuese gastar hasta el límite que consintiesen los recursos disponibles, el trabajo de la mujer sería de una sencillez caudorosa. Con conocer las cuatro reglas aritméticas podía darse por satisfecha. Pero la realidad tiene exigencias más arduas. La gestión administrativa es más compleja, delicada y difícil de lo que a primera vista parece. Es algo bastante más complicada que dividir una cantidad en partes proporcionales a las necesidades que puedan ocurrir en un periodo de tiempo determinado.

La operación de dividir un sueldo, una pensión o una renta en partes alicuotas para aplicarlas a los diversos menesteres de la vida, requiere el previo conocimiento de las necesidades que han de sufragarse. La determinación de estas necesidades implica a su vez cierta previsión que no suelen poseer todas las mujeres. A la Aritmética, como ciencia de cálculo, hay que añadir otros conocimientos que no se aprenden en los libros. Conocidas las necesidades, hay que seleccionarlas

según su importancia, para que la suma de los importes de todas ellas no rebase la totalidad de los caudales disponibles. Después de determinadas y clasificadas, queda por puntualizar la forma de satisfacerlas. Dentro de la variedad del régimen doméstico, son tantos los detalles a que las mujeres tienen que atender, que sólo con una pericia, una voluntad y un celo extraordinarios, pueden solventarlos satisfactoriamente.

Independiente del hombre, tiene la mujer a su cargo la confección del presupuesto familiar, que es seguramente el más penoso de los cometidos que le incumben. El presupuesto significa cálculo, intuición, análisis, arte, método, observación y prudencia. La administradora de la familia no ha de ser tan dilapidadora que la conduzca a la ruina, ni tan tacaña que la haga vivir en la miseria. Situar-se en el justo medio, no es cosa tan sencilla como parece. El criterio de la mujer ha de ser tan discreto en la distribución de los ingresos, que después de tener cubiertas todas las atenciones de la casa, debe quedarle un remanente para aplicarlo a las eventualidades que puedan

presentarse en el porvenir. La finalidad de su labor económica ha de reducirse a comparar, nivelar y concertar cifras con necesidades.

La sola enunciación de las obligaciones de la mujer, basta para que comprendamos su importancia dentro del hogar. Simultaneando con la gestión financiera, ha de aplicarse también a intervenir y censurar la ejecución de sus órdenes, para lo cual necesita conocer hasta en sus menores detalles los trabajos que constantemente surgen en las casas. Para mantener el principio de autoridad entre la servidumbre e imponer la disciplina cuando sea menester, deberá poseer la suficiente energía y templanza. Cuando se vea en la precisión de corregir, no apelará a violencias de lenguaje, sino que usará de frases corteses que pongan de manifiesto las excelencias de su linaje y confirmen la delicadeza de su educación. Tendrá que saber de cocina, como asimismo de cuantos conocimientos afectan al régimen interior de la casa, tales como costura, planchado, lavado de ropas, limpieza de habitaciones, etc., sin perjuicio de conocer también algunos

preceptos de medicina elemental para curar de momento las pequeñas lesiones o enfermedades que, por su levedad, no precisen intervención facultativa.

La mujer es el centro de donde parten todas las iniciativas del hogar. Si este centro conserva siempre la firmeza de su situación y sabe, con el ejemplo de sus virtudes, irradiar en torno suyo laboriosidad, voluntad e interés, la vida familiar se desenvolverá plácidamente, lucirán las buenas disposiciones de la señora y la estancia en el hogar será tranquila y confortable. Pero si la encargada de regir la casa no está suficientemente capacitada para ello, entonces la vida será un horror, el desaliño hará insoportable la permanencia en la vivienda, y cuanto dinero se invierta en mejorar la existencia de la familia, será baldío. El varón perderá la confianza, el respeto y la estimación a la compañera que, por falta de aptitud o de interés, no sabe hacerle gratas las horas que esté junto a ella.



LA MADRE

Cualquiera que sea el grado de cultura que tenga la mujer, es indudable que está capacitada para cumplir dignamente el oficio de madre. La ternura maternal es un sentimiento innato en las hembras de todas las razas. El animal más hosco se muestra extremoso en el trato con los hijos, y es respetado por los individuos de su misma casta cuando ejerce funciones maternas. La mujer, hembra excelsa de la más privilegiada de las especies, siente por instinto el amor de madre con más emoción que ninguna otra hembra.

El nombre de madre es el apelativo de más alta majestad que adorna a la mujer, porque con él puede casi decirse que alcanza cumbres de santidad. Decir madre equivale a decir amor, poesía y sacrificio. En todos los órdenes de la vida sabe la mujer sacrificarse y amar con más ardimiento que el hombre. Quizás dependa

— esta cualidad suya de las condiciones especiales en que se desenvuelve su vida, de la reciedumbre de su voluntad, forjada en yunques de humildad y obediencia, de la impetuosidad generosa de su espíritu, compensadora de una menor fortaleza física, o bien de la costumbre de refrenar las vehemencias con el recato impuesto por arbitrarias restricciones seculares.

Dando por cierto que las virtudes naturales de la mujer se apliquen íntegras al cuidado de los hijos, es lógico pensar también que cuanto más perfecta y cultivada sea la inteligencia de la madre y más firme su moral, tanto mayores serán los bienes que su amor reporte al niño. El amor de madre, único amor humano sin egoísmos, no se reduce estrictamente a querer en la acepción literal del verbo, sino a descubrir, ordenar y dirigir los sentimientos del hijo, a transmitirle sus virtudes con la ejemplaridad de una conducta intachable y a formar el alma infantil con inculcaciones efectivas.

La madre que en la asistencia del hijo se abandone a las inspiraciones del instinto, adquirirá la responsabilidad de po-

sibles descalabros irreparables. No es la corazonada la que suele salvarnos en los trances graves. El instinto, aun suponiéndolo todo lo perfecto y prudente que se quiera, puede llevarnos a ofuscaciones temerarias que comprometan la felicidad y hasta la vida de las criaturas. Sólo con una sólida preparación del sentimiento y de la razón, podrá lograrse la mayor ventura para los hijos.

Insisto ahora en lo que dije en una de mis anteriores crónicas respecto al cultivo de la inteligencia en relación con los sentimientos de la mujer. Entre la educación y el amor no hay incompatibilidad alguna. Las exaltaciones amorosas de las mujeres educadas no tienen el grado de ferocidad que las de las hembras bravias, cuyas pasiones se desatan sin rumbo ni freno. El amor de las primeras tiene la blanda sutileza de una devoción. El cariño de las segundas suele trocarse en apetito cerril y agresivo cuando encuentra algún obstáculo en su camino. Las derrotas de aquéllas encuentran inmediato consuelo en la fe cristiana, en un manso aplacamiento del dolor que las fortalece en su debilidad. Los reveses pasionales

de éstas no hallan otro modo de compensarse que con la desesperación y el crimen. ¡Pobres de aquellas almas que, para sobreponerse al dolor con una conformidad alentadora y saldar sus agravios, necesitan transferir al puñal el odio que las envenena!

Refiriéndose a este extremo la insigne pensadora doña Concepción Arenal, se expresa en los siguientes términos:

«La mujer educada será madre, no sólo más inteligente y capaz de allegar recursos para sus hijos, sino más tierna y cariñosa; las infanticidas no son personas instruidas, ni tampoco las que tratan a sus hijos con incompresible dureza. La mujer no sale ni puede salirse de la ley eterna, por la cual todo ser que se educa dulcifica su carácter, se hace más humano; y cuando la mujer dilate los horizontes de su entendimiento; cuando comprenda las armonías del mundo moral; cuando vea toda la fealdad del vicio y del crimen y toda la hermosura de la virtud; cuando su exaltación se convierta en entusiasmo y sus instintos se eleven a sentimientos; cuando su razón pueda servirle de faro en las borrascas de la vida y de

apoyo contra los embates del mundo; cuando el ejercicio de las facultades más nobles eleve su ser, purifique sus afectos y le dé mayor delicadeza y sensibilidad; cuando, en fin, sea más buena, ¿no será mejor madre?

Si no fuera este nuestro íntimo convencimiento; si tuviéramos la más leve duda de que la mujer, al cultivar su inteligencia, disminuía en lo más mínimo su cariño maternal, arrojáramos estas páginas al fuego. ¿Cómo habíamos de querer despojar a la humanidad de su sentimiento más elevado?

Y este amor, lo más grande que hay en el mundo moral ¿había de ser incompatible con la perfección del entendimiento, lo más grande que hay en el mundo de la inteligencia? ¿Había de haber antagonismo entre los atributos más nobles de la humanidad? ¿No sería posible la armonía entre las cosas más sublimes, ni que la mujer que piensa fuese madre amorosa? Dios, que es inteligencia y amor ¿apartaría en la madre el amor de la inteligencia? ¡Hijos de las mujeres pensa-

doras y amantes, vosotros responderéis algún día a esta especie de blasfemia!>

La aparente facilidad del oficio de madre parece indicar que para ejercerlo con acierto no se requiere con dicción especial alguna. Yo creo que precisamente en la misma facilidad de la función, estriba su mayor dificultad. Si se atiende a que la madre cumpla solamente la misión de trasmisora de energía física, claro es que la mayoría de las mujeres son aptas para ser buenas madres. Aún sin haber alumbrado al niño, puede una nodriza sustituir quizás con ventaja, a la madre auténtica. Todo se reduce, entonces, a un problema de rebustez y salud. Pero no es eso. Al niño hay que darle algo más. Tanto como del vigor corporal, necesita también de la salud moral. Si la madre quiere que el hijo adquiera el mayor grado de perfección posible, es indispensable que al criarlo le transfiera también su alma.



Religiosidad de la mujer

La excelsitud moral de la misión conferida a la mujer hace indispensable en ella el arraigo del sentimiento religioso. En este particular conviene no confundir la devoción con la beatería. La devoción es la unción del alma con la luz de la gracia. Por la devoción se comunica la inteligencia humana con la potestad altísima de quien todo lo rige, y mediante su ejercicio adquiere la virtud más firmeza y provecho. La beatería no es servidumbre de Dios, sino ingerencia rutinaria en las prácticas del culto, sin objetividad eficaz y sólo por mero pasatiempo. La ordenación y elevación del sentimiento a las cumbres del amor infinito, es la verdadera devoción que estima Dios.

La mujer que en el cumplimiento de sus deberes no se inspire en un noble amor a Dios y en un santo temor a su

omnipotencia, se extraviará a sí misma y conducirá a la familia por derroteros de perdición. Libre en sus exaltaciones, se dejará arrastrar por la impetuosidad del instinto, que es fuerza desoladora cuando se desborda. Rotos los diques de la prudencia, el alma se precipitará en profundos y negros abismos, quebrantando la armonía de la vida moral y física. Las actuaciones del instinto sumirán al espíritu en un cerrilismo negativo y torvo que le abstendrá de regular el proceso de las fuerzas que subtienden a producir el dinamismo de la vida, por estar su inspiración sometida a las exigencias de la materia y no acatar la ley de la razón.

El sentimiento religioso es, seguramente, la condición fundamental de la vida de la mujer. La religiosidad bien encauzada y sentida es la que la distingue de la bestia. El fervor de sus creencias le mostrará hermosas perspectivas, le ofrecerá esperanzas que templen su alma con el goce de castos amores, le hará ensoñar gratas posibilidades, le anunciará sucesos que conforten su ánimo con nobles estímulos impregnados de un tibio aroma panteísta, le brindará alientos para pro-

seguir la lucha de la existencia, le fortalecerá en sus vacilaciones, le consolará en sus trances dolorosos y le afirmará en el ejercicio de sus inclinaciones piadosas. La devoción es un tesoro de caridad que se vierte a raudales sobre el espíritu, llenándole de bondad y de gracia, de ilusión y de esperanza, de paz y de amor. Es, en último sentido, como un alto lumínar que alumbra las profundidades del alma con las bellas claridades irradiadas de la corona de soles que ciñe la frente augusta del Señor.

Además de la conveniencia práctica que en todos los órdenes de la vida reporta la devoción, realza también su eficacia con más intensidad durante las adversidades. Mediante su ejercicio, aprende la mujer a ser humana al acercarse a Dios para conocerlo y gozarlo en esencia. Está fuera de duda que si en el término de la vida se computan los goces y los dolores, el balance de las horas acusará una mayor suma para los duelos que para las alegrías. No en balde la apreciación de la felicidad se consigue por la comparación con el sufrimiento, que es el único módulo disponible para medir la

magnitud de nuestras sensaciones. La iniciación y extinción de la vida, o sean los dos polos del circuito que recorren las personas desde la cuna a la tumba, son dos momentos de dolor que definen la condición del itinerario. En ruta la criatura, será más o menos fuerte, según sea su abnegación para el sacrificio y su energía para resistirlo. Con la devoción se atenúan los sufrimientos. Las invocaciones divinas caen como bálsamo consolador sobre las heridas sangrantes abiertas en los corazones. La fe fortifica la vida dando ardimiento al espíritu y vigor a la materia. La noble ambición de conquistar una gloria más efectiva y perdurable que la derivada del efímero relumbrón de los honores terrenos, infunde en las criaturas el santo anhelo de ofrecer a Dios amores, sacrificios, opulencias y todo cuanto suponga desprendimiento generoso.

Las personas devotas tienen en su fe un recurso magnífico para sobreponerse a las miserias de la vida. El profundo amor que inspira sus determinaciones es el más poderoso incentivo de sus triunfos. En todos los momentos de la vida tienen

una orientación, un aliento y un consuelo. Cuando fracasan las apelaciones a la razón por haberse roto el equilibrio entre las potencias espirituales, el devoto suele imponerse a sí mismo, mejor que el indiferente o el ateo. En estos, la desesperación les cierra todos los caminos. La impetuosidad bárbara del instinto les derrota. El furor súbito es mal consejero. El creyente, por el contrario, se reconcentra en sí mismo, eleva su pensamiento al cielo y con una oración y una lágrima alivia su pena.

Mirando la vida al trasluz se ve un fondo de dolor. Inútiles serán cuantas tentativas hagamos para arrojarlo definitivamente de nosotros, porque es anejo a nuestra esencia y lo llevamos germinalmente prendido a la carne como atributo de nuestra naturaleza. Si en la existencia del hombre es enorme la presión del dolor, en la de la mujer se intensifican más su permanencia y sus efectos, por la condición especial del temperamento y por la forma singular de su actuación. Aun en la maternidad, que es el goce más santo y el orgullo más legítimo de la mujer, el placer de verse reproducida en el hijo

lo consigue a costa de tremendos sufrimientos. Sólo con los consuelos de la devoción eleva la mujer su alma al cielo y encuentra sedante para sus tribulaciones.

En la dirección de la familia es donde se hace más indispensable la religiosidad de la mujer. Concordando las voluntades y haciéndolas converger en el puro anhelo de amar y servir a Dios, impondrá a los hijos un ideal, una disciplina y un rumbo. Las virtudes de la madre serán la estela luminosa que marque el curso a las vidas que ella creó. Con la ejemplaridad de su conducta conseguirá que los hijos vivan sumisos a la ley de Dios, en la dulcedumbre de una paz santa y perenne.

Mujer devota no quiere decir mujer aspaventera o beata. Ambas cosas son completamente distintas. La mujer religiosa es la perfecta para cumplir los fines de la vida. Si la mujer aspira a desempeñar acertadamente su misión, habrá de cuidar mucho en la dirección de sus hijos, de despertar en ellos el sentimiento de la devoción, debiendo tener entendido que las almas infantiles son blanda cera sobre la que fácilmente se imprime cual-

quier amor. Al hombre compete la iniciativa en la instrucción del niño. La educación, o sea el aliño espiritual de la criatura, es de la incumbencia de la mujer. Una madre sin fe religiosa, carece de realismo. Su misión es tan elevada, que tiene que acercarse a Dios para cumplirla con dignidad. Con arrullos, besos y oraciones se forman la almas de los niños, teniendo a la madre por Virgen y a la cuna por altar.



La belleza de la mujer

La belleza no es, ni muchísimo menos, el atractivo fundamental de la mujer. Es, ciertamente, una cualidad de positivo valor para conquistar la preferencia del hombre porque su apreciación entra por los sentidos, y de los sentidos a la voluntad es todo camino derecho. Pero de esto a suponer siquiera que la hermosura física es prenda de realeza, aunque sea en el orden de las sublimizaciones fantásticas, media un infinito de distancia.

Desgraciadas de las mujeres si la belleza corporal fuese el único aliciente capaz de inspirar las pasiones humanas. De ser así, la felicidad de la mujer sería cosa vaga y efímera. Su consistencia dependería de una arruga, de una cana, de una pústula o del surco mate de una lágrima. Su emoción sería alternativa entre los amaneceres y los crepúsculos, entre las

horas de dolor y las de goce. La belleza, reflejo que es de la salud, sigue el ritmo suyo. Así, pues, la carne se tornará blanca como los pétalos de las albas flores litúrgicas, o rosada, como el cielo en las auroras, según la alumbre el destello frío del dolor o el ascua viva del placer.

Solamente admitiendo que el amor sea instinto, podrá concebirse que la belleza, con exclusión de todo otro aliciente, sea el atractivo principal de la mujer. No es, pues, ni puede serlo, la perfección física el óleo mágico que unge el alma de Fémína, elevándola a Dios y haciéndola inmortal. Si tal fuera llegaría la belleza a carecer de valor por la fácil posibilidad de producirse artificialmente. Mediante el aliño podrían deslumbrarnos las mujeres más monstruosas con el artificio de encantos deleznales. Pergeñándola esmeradamente, la carne sucia y blanda aparecería olorosa, limpia y pulida como el talco. Los ojos fríos y opacos mirarían con encendidas luminosidades. Sobre la arcilla corrompible de la mujer acumularíamos cremas, ámbares y algalias, para rendir tributo de celo a la hembra lujuriosa y magnífica. Los senos estucados

serían altar donde nuestras manos temblorosas deshojarían flores de pasión en ofrenda profana, como en rito bárbaro que comenzase en adoración y acabara en orgía.

Con ayuda de las sales de plomo, el rostro más horrendo adquiriría tibia blancura lunar. El minio daría bormejas tonalidades a la sangre estéril, sin hierro ni color. El labio exangüe reviviría espontáneo, como capullo de rosa al sentir la trémula caricia del primer rayo de sol, con el húmedo carmín creado por la Alquimia. Toda la mujer, mejor dicho, la envoltura artificial del cuerpo de la mujer adquiriría entonces, por arte y gracia de la industria, la suntuosidad heroica de las estatuas, la casta expresión de los ángeles, la magna encarnación de un espíritu celestial en el bravo contorno de un cuerpo humano. Sobre la costra del artificio engañoso alzaríamos el templo a la Ilusión, como a una diosa gentilica de fragancia y de amor. Sintiendo en esta forma el tributo rendido a la majestad de la mujer, mereceríamos ser faunos coronados de pámpanos y teñidos con heces de vino.

Convirtiendo a la mujer en fetiche sensual, haremos depender nuestra felicidad de su fragancia, breve y humilde como la del lirio. Nuestro amor no sería el puro anhelo de poseer la gracia espiritual de la mujer, sino el impetuoso ardimiento de saciar en la hembra la comezón de viles apetitos.

¡Pobres mujeres y pobres hombres si en tal concepto tuvieran a la bellezal El *boudoir*, el misterio íntimo y perfumado del gabinete galante, sería entonces el laboratorio donde se fabricase la felicidad con adobos y manipulaciones.

La belleza de la mujer debemos buscarla en más hondos y recogidos aposentos. No es más grande ni más pequeña por el primor de la línea, sino por el fervor con que la estime el hombre. La belleza corporal adorada honradamente sirve de trono a la graciosa majestad del espíritu y de cáliz a la esencia afrodita vertida por la fuente sagrada del amor en el apacible remanso de las almas.

Amando a la mujer por los tesoros de su gracia espiritual la elevaremos a ella y nos elevaremos nosotros. Adorándola en esta forma, presidirá las horas de nues-

tra vida, excelsa, generosa y hierática,
 como Virgen soberana bajo un cénit azul
 donde fulge radiante un sol de oro.

La mujer

es el alma del mundo

que en la vida se abre y se cierra
 en un ciclo eterno de vida y muerte
 que en la vida se abre y se cierra
 en un ciclo eterno de vida y muerte



que en la vida se abre y se cierra
 en un ciclo eterno de vida y muerte
 que en la vida se abre y se cierra
 en un ciclo eterno de vida y muerte
 que en la vida se abre y se cierra
 en un ciclo eterno de vida y muerte
 que en la vida se abre y se cierra
 en un ciclo eterno de vida y muerte
 que en la vida se abre y se cierra
 en un ciclo eterno de vida y muerte

La mujer parásita

En la sociedad española son contadas las mujeres a quienes se educa para la vida práctica de la familia. Desde niñas se las adapta solamente a las frivolidades mundanas, desdeñando la enseñanza de las cosas útiles. Si la mujer pertenece a la clase elevada, se la considera apta para andar por la vida cuando sabe hacer los *honores* de la casa, bailar un rigodón, hilar unas mentiras galantes, asistir a una comida de etiqueta o decorar la presidencia de alguna junta de damas. Si pertenece a la clase media, se la enseña a confeccionar encaje, a mascullar unas cuantas palabras francesas, a tocar vulgarmente el piano, a recitar poesías ñoñas y a hacer algunos platos de repostería. Con los conocimientos enumerados, se considera completada su educación y se estima a la mujer capacitada para regir un hogar.

Conforme la generalidad de los hombres, al llegar a la pubertad se preparan para el ejercicio de una profesión que armonice con su temperamento, con sus aficiones y con los recursos disponibles; así también debieran las mujeres prepararse para el matrimonio, desde el instante en que se alargan la falda para presentarse en sociedad. El hombre estudia, se somete a un régimen y se impone cierto trabajo para adquirir competencia. La mujer no hace nada en este sentido. Sólo cuida de elegir peinado, de someterse a la moda y de exhibirse. Como todo lo espera del accidente fortuito de *pescar* al hombre, según expresión vulgar, no se preocupa de aportar al matrimonio más dote que la de su belleza, descendiendo por esta causa de la categoría de colaboradora del varón a la de incentivo sensual del hombre.

La ignorancia en que se desenvuelve la vida de las mujeres mientras se hallan bajo la potestad de los padres, las hace encogidas e irresolutas en el matrimonio. Por consecuencia de su instrucción defectuosa se les muestran como conflictos vaporosos las cosas más nimias. La

falta de práctica y de dirección les resta iniciativas, y a tientas, sin rumbo definido, marchan por el camino de la vida a la buena de Dios, hasta que al cabo de mucho tiempo y de muchos reveses comienzan a saber lo que debieron aprender de solteras.

La mayoría de los padres estima que la felicidad de las hijas consiste en casarlas. Entienden el matrimonio como un seguro de vida que les garantiza el porvenir y fian el éxito futuro al albur de que haya un hombre que se enamore de ellas. Si este hombre falta, se considera irremisiblemente desdichada a la mujer. Desde los quince a los veinticinco años se creen las muchachas con perfecto derecho a contraer matrimonio. Cuando rebasan esta edad, pierden la esperanza de ser dichosas, consideran sus vidas como vidas inútiles, y ven fracasadas sus ilusiones, sin que realmente hayan sufrido ninguna derrota. La falta del hombre las aturde. Ante la perspectiva de verse solteras a perpetuidad, se consumen y amustian en una dolorosa renunciación de su derecho a ser felices.

La esperanza fundamental de los pa-

dres con relación al bienestar de las hijas la cifran en el matrimonio. Pero a pesar de estimar el matrimonio como la única salvación posible, no se preocupan de prepararlas para que sean modelos de madres, esposas y administradoras. Si las aplicaran a tales menesteres, les faltaría tiempo para exhibirlas. Así considerada la mujer, se convierte en mercancía de lujo, que debe mostrarse al público con fastuosa bambolla de galas y atavíos, porque aunque es bien antiguo aquello de que *el buen paño se vende en el arca*, las circunstancias han variado por completo de entonces a acá, y son muchas las competencias que surgen entre las mujeres cuando se trata de la conquista de maridos.

Es frecuente oír las decir a muchas señoritas que van a contraer matrimonio, que no están enamoradas de sus novios y que se casan porque se les *pasa* la edad. Ante exclamaciones de tanta fuerza cómica como ésta, cabe comparar el acceso al matrimonio como el ingreso en un escalafón cerrado por medio de oposición. El sentido natural de la frase da a entender que cuando estas señori-

tas contraen nupcias, no realizan un ideal o un ensueño, sino que consiguen un acomodo que les asegura el porvenir.

La única condición que alarma a los padres es la edad de las hijas. Como durante la juventud no las preparan para nada práctico, las consideran derrotadas cuando cumplen los veinticinco años y no tienen novio. Entonces se les ocurre pensar en la triste orfandad en que habrán de quedar al morir ellos. En España es casi una cosa bufa el tipo de la solterona. Decir solterona, equivale a decir mujer inútil, como si todas las que se casan fueran útiles. En otros países en que el concepto del matrimonio es más amplio y humano, no se dedican las mujeres desde niñas a esperar que les salga novio, sino que se emplean en ocupaciones que les permitan desenvolverse en el porvenir con independencia de la ayuda del hombre. De esta forma, si algún día pierden al marido, no es tan horrendo el fracaso de la familia como en España. Capacitadas para ganarse decorosamente un sueldo, se aplican en la viudez, a las profesiones que tuvieron de solteras y con los rendimientos que obtienen, pro-

siguen el curso de sus vidas. En nuestro país, la viudez suele significar desolación, agotamiento, derrota, riesgo de envilecerse, ruina del hogar.

Está muy bien que la mujer se acicale para parecer bella y ganarse el amor del hombre. Lo contrario sería suprimirle su condición esencial. Pero este acicalamiento debe hacerse compatible con todo aquello que pueda proporcionarle beneficios positivos. Las exigencias de la vida moderna no imponen nada que vaya contra las leyes naturales de la especie. No es precisamente hasta el momento de contraer matrimonio cuando la mujer debe procurar hacerse agradable al hombre. Después de casada debe tener también gran esmero en mostrarse al esposo con cierto aliño que realce sus gracias naturales y no hacer lo que muchas mujeres españolas, que se abandonan a la haragauería y se presentan al marido, sucias, desgredadas y chancletosas, porque lo tienen seguro.

La mujer debe siempre ser mujer aunque se caiga de vieja. Hay que inculcarle una prudente noción de la belleza y de la honestidad para que en todo momento

sea el encanto y consuelo del hombre, Hay que enseñarla desde niña a comprender su importancia en el régimen de la familia, a conocer sus deberes y a medir sus responsabilidades. Pero sin que se acostumbre nunca a la idea de ser en el porvenir un bello parásito del hombre.



La riqueza de la mujer

Creer que la riqueza de la mujer depende de la cantidad de dinero que posea, es afirmar un error. El concepto de la riqueza de la mujer, no es cosa que pueda determinarse con una definición categórica, ni concretarse con el saldo de una cuenta corriente. Depende de varios factores relacionados entre sí, que varían con el lugar, el tiempo, las circunstancias, la educación y el carácter. La idea abstracta de la acumulación de dinero no puede servir de fundamento serio para formar idea exacta de lo que debe entenderse por riqueza de la mujer.

Hay mujeres que poseyendo fortunas fabulosas o disfrutando sueldos enormes, no pueden cubrir las necesidades de su casa. La insuficiencia del talento o del tacto, no les permite aplicar razonable-

mente los ingresos a los gastos. Proce-
den en forma arbitraria, por la impresión
del momento, sin restringir el capricho, ni
mirar al porvenir. El desbarajuste admi-
nistrativo, llevado a último extremo, es
pozo sin fondo que absorbe cuantos cau-
dales se apliquen indebidamente al go-
bierno del hogar. Lo peor entonces no
es el agotamiento acelerado de los recur-
sos, sino la impropia inversión dada
al dinero, que trae por consecuencia el
desquiciamiento de las costumbres, la
mala educación de los hijos, la indiscipi-
lina de los criados y la inmoralidad de la
familia.

No habiendo una voluntad enérgica
que imponga método en el desenvolvi-
miento de la vida familiar, cada cual se
dispersa por donde tiene por convenien-
te, sin que sea posible ajustar cuentas, ni
liquidar las situaciones, ni regularizar la
marcha de los trabajos. El desconcierto
en el gobierno de los intereses domésti-
cos abre numerosos boquetes por donde
se filtra el numerario como por un sumi-
dero. Siendo todo esto cierto, resulta
que a mayor caudal habrá más filtracio-
nes, y por tanto, el resultado final será el

mismo o peor que con menor caudal y mejor administración.

Como acaba de verse, no es el valor *metálico* el que eleva a la mujer, sino el valor mental para administrar su hacienda. Si en la dirección de la casa hace dejación de sus atribuciones para no preocuparse ni molestarse por nada, no faltará quien se apresure a sustituirla en el ejercicio de sus derechos. El alivio que recibía entonces no será ni siquiera equivalente a los provechos que otros obtengan a costa de su dinero. Las mujeres manirrotas son seres inútiles, a cuyas expensas viven y se multiplican multitud de parásitos. En cambio las mujeres ordenadas que se aplican a la dirección de su casa, con exclusión de todo otro menester y cuidan de invertir lo justo en lo necesario y de enfrenar el capricho para que no se descarríe, disponen siempre de un remanente para el ahorro y pueden en cualquier momento hacer inventario de lo que poseen y de lo que les falta. En los trances apurados saldrán del compromiso con más desembarazo que las que tienen mucho sin saber lo que tienen.

La riqueza de la mujer es cosa que no

debe apreciarse en sentido abstracto. El hombre a quien quepa en suerte una mujer que sepa conceder a las cosas su valor real, puede darse por muy satisfecho.

Lo principal en la mujer es que tenga noción del alcance y medida de los valores. Siendo así, procederá con firmeza y rectitud en su gestión administrativa, coordinando prudentemente la prolijidad de detalles que surgen en el gobierno de la casa para sacar el mayor partido posible del menor gasto. Hay que desterrar la idea de que existen mujeres excepcionales capaces de crear valores nuevos con el prodigio de su ingenio. No hay que buscar en la mujer que sepa hacer de dos cuatro, sino evitar que de cuatro haga dos. Conque de cuatro haga cuatro, basta para que cumpla su misión dignamente.

En el orden práctico, no son más ricas las mujeres que más poseen, sino las que mejor saben conservar lo que poseen.



El lujo de la mujer

¿Es indispensable el lujo para que la mujer atraiga al hombre? De no conquistarme la antipatía de los modistos, sombrereros, zapateros y perfumistas, afirmaría que no sólo es innecesario, sino que en ocasiones suele ser contraproducente.

Razonaré mi afirmación.

La mujer que aspire a reinar en la voluntad del hombre por derecho propio, debe procurar conseguirlo por la exclusiva potestad de su mérito personal. Si confía al lujo el logro de esta pretensión, fracasará irremediabilmente. Dando por cierto que la ostentación consiga atraer por el momento la preferencia de los hombres, no podrá gloriarse la mujer de ser ella misma la que consiga las admiraciones, sino el vestido, el calzado, la pulsera o el sombrero. Cuando los reveses de fortuna no le permitan presentarse

con boato, las preferencias conquistadas antes sufrirán gran mengua. En una blusa, en un collar o en unos zapatos, tendrá sus rivales más terribles, por que con la misma facilidad que le dieron el triunfo, se lo arrebatarán también. Despojada del artificio seductor de las galas, se verá forzada a una renunciación dolorosa.

La mujer consigue el amor del hombre por el talento. por la belleza y por la virtud. El atractivo del lujo es un relumbrón pasajero que se extingue con la veleidad de la moda. Fiar a la *toilette* como recurso infalible, la consecución de un amor, es aventurarse por caminos extraviados.

No es lo mismo presentarse bien que presentarse con lujo. Presentarse bien es hacerlo con modestia y dando prueba de buen gusto. Presentarse con lujo es suplir los encantos naturales con postizos llamativos y recargar el aliño personal con fastuosidades que en ocasiones suelen perjudicar a la mujer más bien que agraciarse.

Descartado el efectismo estético del lujo, que no siempre suele correr parejas con el gasto que ocasiona, hay una parte

moral que conviene considerar seriamente. El culto a la moda es una esclavitud. La emulación, el necio prurito de sobresalir más que Fulanita o Menganita, pone a la mujer en el disparadero de cometer las mayores atrocidades. Puesta en la pendiente, la voluntad es vencida por el capricho y por el orgullo, y el prestigio de la mujer rueda por los abismos, sin que haya mano capaz de detenerlo en su caída. La mujer *enferma del mal del lujo*, no vive para el marido, ni para los hijos, ni aun para ella misma. Vive para hacerse admirar de las gentes como cualquier meretriz vulgar. Indiferente a las exhortaciones de la familia se dejará arrastrar por su impetuosidad vanidosa, y lo que comenzó siendo honesto deseo de vestir bien, degenerará en vicio, en escándalo y en vergüenza. Por culpa del lujo son muchísimas las mujeres que se ceden a cambio de un traje, de una joya o de un sombrero de última moda.

El vicio del lujo es quizás el más terrible que puede apoderarse de la mujer

El culto al trajo secará en su corazón las fuentes de la ternura y del amor. Los hijos tendrán para ella un valor ínfimo. El

cariño al marido será insignificante, porque su afán inmoderado de lucir hará que toda ella se deba al público. La familia creada desarticulará sus vínculos afectivos con el ejemplo de la madre disoluta y engreída. Las hijas aspirarán a ser también hembras aparatosas. Los hijos formarán un triste concepto de la mujer. El hogar frío y desolado se verá constantemente anegado en lágrimas.

Las derivaciones del lujo suelen llegar a un grado de barbarie que repugna y espanta. Con los progresos científicos va cuadiendo la moda de esterilizar el divino don de procrear que la Naturaleza concedió a la mujer para prolongación de la especie y consuelo de su alma. Antes era rarísimo en España ver a una mujer renegar de su fecundidad. Hoy es tan corriente la intervención quirúrgica necesaria para conseguirlo, que cualquier mediano operador la realiza a la perfección. Son vientos de fuera, auras de la vieja y corrompida Europa, que van envileciendo la más alta y noble condición de la mujer. Actualmente son muchas las mujeres que cometen el crimen de extirparse el sexo para no deformar el aticismo de la

figura con el prosaico menester de criar al hijo. La santa función de madre ha adquirido una apariencia plebeya. Sobre el casto amor maternal, sobre el orgullo de reinar en el corazón del hombre, sobre la cima del honor femenino, campea el vicio del lujo como un airón de ignominia y de cinismo que debiera servir de afrenta a la mujer. Al lujo hay que atribuirle la causa de la destrucción de la familia y de la derrota del amor.

La venta, el adulterio, el escándalo y la ruina. He aquí los frutos del lujo. Si la mujer pudiera darse cuenta del triste papel que desempeña al ofrecerse como víctima a la locura del lujo, es posible que renunciara a actuar de bello monigote y procurase recuperar el amor del hombre y el respeto de la sociedad que le hicieron perder sus veleidades.

Lo más desagradable que puede ocurrirle a la mujer es que el hombre llegue a decir que le cuesta muy cara. El temor a meterse en gastos exagerados hará que el amante huya de su lado. Y no será lo peor que huya de ella, sino que huya de su lujo, del aliado que eligió para merecer su amor.

Mediante el lujo, se convierte la mujer en capricho. Yo creo que el ideal de las mujeres debe ser más alto que el de servir de estímulo fugaz al capricho de los hombres.



La mujer en la calle

La costumbre de que las mujeres solteras salgan solas a la calle, va generalizándose en España. Para ello ha sido necesario que transcurran muchísimos años y que las extranjeras nos demuestren con el ejemplo, que a las mujeres que saben ir solas no les ocurre nada extraordinario. Esta resistencia de las mujeres españolas a salir sin escolta, era un atavismo árabe que las obligaba a atisbar a través de las celosías lo que pasaba fuera de casa. Los poetas meridionales han cantado prolijamente el encanto de las rejas y la poesía de las persianas como el más fuerte incentivo del amor. La mujer, con un sentido práctico muy oportunista, ha explotado estas candideces líricas en provecho de su meticulosidad instintiva. Todavía se ven en algunas ciudades castellanas espejitos colgados a la parte

fuera de los balcones para observar desde dentro, sin ser vistas, lo que sucede en el exterior.

La mejor compañía de la mujer es ella misma, cuando sabe hacerse respetar. Creer que la mujer necesita de una defensa especial por el solo hecho de ser mujer, es ofenderla gravemente. ¿Tiene la compañía por objeto evitar que se descarríe? Tal suposición es un agravio que a sí misma se infiere la mujer, porque parece indicar que desconfía de la firmeza de su virtud. ¿Es para que se la respete? Eso es cosa que sólo ella puede conseguir, respetándose a sí misma y obligando a que la respeten los demás.

Quando existía la costumbre mencionada, se daba el caso graciosísimo de que para que una señorita saliese a la calle necesitaba hacerse acompañar de la criada. Ocurría con frecuencia que la acompañante era más bella o más gentil que la acompañada. Siguiendo un criterio razonable, los hombres expresaban la preferencia de sus galanterías a la que más les agradaba. Mientras dedicaban frases aduladoras a la muchacha, la señorita quedaba en situación desairadísima.

La comparación entre ambas daba mayor realce a las gracias de la doméstica, con el enojo consiguiente para la que por razón de la posición social se consideraba en el caso de ser escoltada. Este ridículo era consecuencia de la inversión de términos impuesta por el buen parecer, puesto que en apariencia resultaba que la señorita era la que acompañaba a la criada.

No es la belleza, precisamente, la que impulsa a los hombres a propasarse de los límites marcados por la cortesía. Es el gesto de la mujer. Los ojos brindan facilidades o rechazan insolencias, según la intención con que miren. Si una mirada *agresiva* obtiene una réplica algo libre, la mujer no tiene derecho a sentirse ofendida. Por el contrario, cuando el hombre se excede en el lenguaje, la mayor audacia varonil se abstiene de insistir si la mujer sabe mostrarse seria y digna. La hosquedad femenina es cosa que hiela a los temperamentos más cínicos.

Respecto a la elocuencia de los ojos, hay una copla popular que donosamente la define:

Yo he visto a un hombre vivir
con más de cien *puñalás*,
y luego le ví morir
con una sola *mirá*.

El temor al piropo que arguyen algunas mujeres para justificar la necesidad de no salir solas, no puede tomarse seriamente en consideración. En ningún país del mundo se cultiva el piropo callejero como recurso para expresar la admiración que produce la belleza de la mujer. Sólo en España, país excepcional, se suele dar el nombre de flores al mosconeo inacorde y falto de espontaneidad y de gracia que los hombres deslizan al oído de las mujeres que encuentran en la calle. La admiración puede evidenciarse gráficamente sin palabras. Lo mismo que la mujer puede retar con los ojos, puede también el hombre admirar con los ojos. El mudo lenguaje de las miradas es el más fino y el más grato.

La generalidad de los piropos que se oyen en la calle son chocarreros o procaces. Véase la muestra de algunos, muy celebrados entre la llamada gente castiza:
Negra de mi vida.—Sangre de mi san-

gre.—Chata de mi alma.—Gloria de mis venas.—Miel de mis achares.

¿Pueden pedirse cosas que denoten una mayor pobreza de ingenio y de *donaire*? Estos conceptos anodinos y soeces se han elevado a culto. El teatro moderno los ha glorificado poniéndolos en labios de sus personajes.

Si la mujer alega para no salir sola el temor de ofender su honestidad con los chicleos callejeros, recuerde el magnífico refrán que dice: *a palabras necias, oídos sordos*. Esta fórmula está muy indicada para extirpar de raíz el musgo intelectual que brota exuberante en muchos cerebros masculinos.



La delincuencia de la mujer

Llamamos malas a las mujeres. Decimos de ellas que son frívolas, arbitrarias y crueles. Nos ufanamos de serles superiores en inteligencia, cultura y moral. Y a pesar de tantas imperfecciones como las imputamos y de tantos errores como las atribuimos, las buscamos para amarlas.

Libreme Dios de pensar que las mujeres sean entelequias. Libreme también de creer que puedan ser arcángeles plenipotenciarios del Señor, que dimitieron sus cargos en el octavo coro celestial y bajaron graciosamente a la Tierra para hacer nuestras delicias. Lo que yo afirmo es que en la mayoría de los casos, la maldad de las mujeres es consecuencia de nuestras perversidades, de nuestra torpeza o de nuestra debilidad.

Llamamos malas a las mujeres cuando

no se someten a las exigencias de nuestro capricho o nos niegan su amor. En ambos casos es arbitrario nuestro juicio. Para razonar con lógica y con justicia, deberíamos acondicionar la expresión de nuestro fallo a la realidad de la vida y a los dictados de la conciencia. La iniciación de la voluntad en las relaciones entre el hombre y la mujer nos pertenece a nosotros. El derecho a elegir es nuestro, y guárdese ninguna mujer de hacer la menor insinuación en este sentido, porque sobre ella caerá la mancha de un pecado imperdonable. A ellas sólo les corresponde esperar y conformarse con lo que hagamos nosotros. Si el derecho de libre elección, que esta sociedad liberal y cristiana concede a los hombres por obra y gracia de un exclusivismo injusto lo poseyeran también las mujeres, entonces dejarían de ser malas, porque al igual que nosotros, tendrían un medio de manifestarse antes de que tratáramos de explorar el misterio de sus almas para comprenderlas y definir las.

En amor hay una desigualdad vejatoria para la mujer. La afinidad electiva de que hablan los psicólogos, o sea el mu

tualismo en la atracción de las voluntades, no tiene otro medio de expresión que la voz del hombre. Debido a esta exclusión, hecha en menoscabo de los fueros de la mujer, luchamos siempre con la sombra, con el hermetismo del sentimiento hecho silencio, con el misterio que ella guarda en las reconditeces del alma como su mejor arma de defensa. Si ellas tratan de engañarnos alguna vez, es en previsión de que nosotros las engañemos a ellas.

En la mayoría de las desavenencias conyugales culpamos a la mujer del resultado de nuestras locuras. Pueden citarse centenares de ejemplos que confirmen este aserto. Yo voy a exponer un caso frecuente. Un marido maltrata a su esposa, la ofende privadamente, la escarnece en público y por fin la abandona sin escuchar su llanto ni remediar sus quejas. Indefensa en la vida, la mujer se desplaza fuera del hogar y llama a todas las puertas hasta que encuentra un refugio. Un hombre se interpone en su éxodo y le brinda protección a cambio del regalo de su belleza. Ella se resiste. Quiere salvar la honra del peligro que la acecha.

Ante la insistencia del hombre y el apremio de su situación, vacila, llora, se desespera y al fin acaba por ofrecer al protector el don de su cuerpo, emulando a María Egipciaca, aquella mujer bíblica que se cedió al barquero para pagarle el paso del río cuando en la orilla opuesta se le apareció el Salvador. Este hecho basta para que caiga sobre la mujer la maldición eterna. Ella es la culpable. Delinquiró por no haber sabido sufrir. La mujer carece de derecho para revelarse contra las injusticias del hombre por estar sometida a su potestad egoísta.

Un tribunal de hombres juzga el caso. La sociedad no puede dejar impune el delito cometido por la mujer. Para apreciar su magnitud y graduar la pena, se invoca la disolución de la familia, el ejemplo de los hijos, la autoridad del marido, el escarmiento, la moral, etc. En el corazón de los jurados germina una sentencia implacable. Los jurados son hombres pacíficos, moderados, ecuanímenes, con una sensibilidad espiritual poco delicada y una conciencia algo atrofiada para cuanto no sea atentatorio al derecho de propiedad. La espada de Themis muéstrase

suspendida en alto, sobre la libertad y la reputación de la mujer. El criterio inexorable está formado. Una voz de justicia se alza ante el tribunal para defender a la culpable. Con acento cálido y razón pujante, esta voz santa restablece el verdadero concepto humano del delito sin la fanfarria de la prosa forense, sobriamente, solemnemente, dignamente. Una sombra de perplejidad contrae el ceño de los jurados. Con las mismas invocaciones que sirvieron antes para plasmar la enormidad jurídica que condenaba a la esposa infiel, se destruye después el artificio legal de la sentencia. El tribunal reconoce la inculpabilidad de la mujer y dicta fallo absolutorio. La voz justa ha hablado al alma, a la conciencia de los jueces y su sonido repercutió con eco sonoro en el fondo de los espíritus. La absolución judicial indulta a la mujer de la pérdida de libertad. Pero la sociedad no la perdona. Sobre su frente cae una mancha que no limpiará jamás y que la inutilizará para toda la vida. Por muchos años que viva y por grande que sea su empeño en rehabilitarse, no dejará de ser nunca la mujer adúltera.

Consecuencia: La mujer delinquiró por culpa del hombre y cargó con una responsabilidad moral que la invalida perpetuamente para vivir con dignidad. ¿No nos ufanamos de nuestra superioridad absoluta con relación a la mujer? Si reconocemos esto y aceptamos que la deslealtad de la mujer es fenómeno reflejo de la perversidad del hombre, procederemos bárbaramente al castigarla a ella. Cuando la igualemos a nosotros, educándola, instruyéndola, dirigiendo sus instintos y ordenando sus vehemencias, y cuando nosotros seamos modelos de virtud, verdaderas entelequias, entonces tendremos legítimo derecho para juzgarlas con severidad.

Los torpes no son delincuentes. Faltando el deliberado propósito de inferir daño, no hay delito. Si a la mujer la consideramos torpe y reconocemos que la mayoría de las veces delinque por nosotros, la responsabilidad de sus actos debe también alcanzar al hombre.

No creo que las mujeres sean arcángeles. Pero tampoco creo que sean tan inferiores al hombre que no merezcan igualdad de derechos y consideraciones. Ellas

serán idolillos frágiles. Pero ante esos idolillos frágiles nos arrastramos los hombres pidiendo amor.

Lo mismo en el castigo que en el premio, debemos igualar a la mujer con el hombre. Rebajándolas a ellas, nos rebajamos nosotros. Porque, en resumidas cuentas, ¿de quién, sino de la mujer, procedemos los hombres?



Profesiones de la mujer

La guerra mundial ha demostrado con hechos tangibles que la mujer es tan apta como el hombre para el ejercicio de muchas profesiones que antes le estaban vedadas. En las fábricas de municiones, en los hospitales, en telégrafos, teléfonos y correos, en los servicios de retaguardia de los ejércitos en campaña, en los escritorios, en el comercio, en la enseñanza, en las labores de las granjas agrícolas, en las oficinas del Estado y en cuantas artes y oficios prestó su concurso, ha comprobado que su asistencia a la vida profesional está plenamente justificada. Las exclusiones a que hasta la fecha se la ha venido sometiendo fueron evidentemente absurdas e injustas.

En el estado actual de la humildad no cabe considerar a la mujer como una máquina inconsciente, susceptible de dar un

rendimiento útil. Su capacidad productiva se ha afirmado notablemente durante la guerra mundial, en cuyo lapso de tiempo se anularon temporalmente las actividades varoniles para supeditarse al ejercicio de las armas. La inconsciencia de la voluntad ha sido un pretexto explotado desde bien antiguo por los *masculinistas* en provecho de su particular egoísmo, para privar a la mujer de intervenir en las especulaciones humanas. La única misión para que la han estimado capacitada estos señores es la de gestora de los intereses domésticos, aunque, naturalmente, bajo el patrocinio, fiscalización y censura del hombre. Es decir, que aun dentro del hogar, se le imponen limitaciones a su competencia en el oficio de aplicar los recursos a la satisfacción de las necesidades familiares. Esto demuestra que aun dentro de su jurisdicción y en el uso de sus atribuciones, carece la mujer de personalidad.

Es indudable que para cierta clase de trabajos, el temperamento y la estructura orgánica de la mujer son menos adecuados que los del varón, de igual modo que para otros superan sus condiciones

a las de éste. Sin que pueda considerarse como norma general, la mujer tiene patentizada su suficiencia aun para los trabajos más rudos. Véase sino la clase de labores en que de ordinario se emplea la aldeana gallega, ya sea por exigencias de la emigración o por causa del enorme fraccionamiento de la propiedad territorial que impone al hombre la necesidad de buscar fuera del país los medios necesarios para mejorar las condiciones de su hogar, sin que el resultado del trabajo femenino tenga que desmerecer del que pueda rendir el hombre.

Claro es, que por las condiciones especiales del sexo, no se debe emplear a la mujer en los trabajos bruscos, sino en aquellos en que la intensidad de la fuerza física pueda sustituirse por una mayor inteligencia, celo, tenacidad, orden, es-crúpulo y paciencia. Estas eliminaciones a que me refiero, no deben hacerse por desconfianza en el éxito de la actuación femenina, sino por inspiraciones derivadas del deseo de conservar la raza, pues no perdiendo jamás la mujer su calidad de madre, se la debe poner en condiciones de poder serlo, sin privarla por ello

de que obtenga, mediante un trabajo personal adecuado a su naturaleza, los recursos que le sean precisos para el sostenimiento y cuidado de los hijos.

Hasta la fecha, la misma mujer ha rehuido trabajar conjuntamente con el hombre, por causa de suspicacias atávicas. En España se ha mantenido durante muchos siglos apartada de la vida social. Solamente ha actuado en sociedad como objeto de lujo para gala y solaz del hombre. El temor de ofender su honestidad con masculinas convivencias, cerró los horizontes de su vida y circunscribió los límites de su jurisdicción a las mezquinas órbitas del recinto familiar. El sentimiento de pudor que antes la recluía en un sedentarismo rutinario y torpe, carece hoy de eficacia. Sobre él se alza el imperativo de la lucha por la vida, que es vértigo, locura y pasión. La costumbre de colaborar con el hombre de un modo permanente, anulará sus rancios candores instintivos en el porvenir, dándole un margen de amplitud para que desenvuelva normalmente sus facultades laborales. Esta colaboración moderará los vicios educativos de los hombres,

haciéndoles ver en la mujer una compañera inteligente y amorosa, en vez de un estímulo sensual de sus pasiones. El hábito de trabajar juntos, rectificará las prácticas usuales en la relación de los dos sexos. Después de todo, la cordialidad en las relaciones entre el hombre y la mujer, es una cosa tan natural como pueda serlo la armonía entre dos fuerzas que propenden al mismo fin.

Las exigencias de la vida moderna y la tensión espiritual a que la misma nos somete constantemente, anularán la tibieza ejecutiva y los encogimientos temperamentales de la mujer. Unida al hombre por una firme cohesión afectiva, recorrerá el camino de la vida compartiendo con él las responsabilidades y las glorias, las penalidades y los rendimientos del trabajo mancomunado. Por sus condiciones de tenacidad y de inteligencia, está capacitada la mujer para tener un valor social perfectamente definido y estimado.



Amor de mujer

Tema prolijamente debatido es el que saco a colación en esta crónica. Sobre que si el amor de la mujer es tal o cual con relación al del hombre, han disertado con toda amplitud y licencia los doctos varones de todos los tiempos, sin llegar a puntos de concordancia que les sirvieran de arranque para un cumplido y concluyente acuerdo. Considerado el amor como deliciosa bagatela que hace risueñas las horas, o como menester harto serio, que las llena de congoja, han abundado los postulados según las épocas y los temperamentos. Sin someterme a fuego alguno, más que al muy humilde de mi propio entendimiento, ni espigar textos y fórmulas dogmáticas para concertar un sincretismo que me permita darme traza de erudito, voy a exponer lealmente mi criterio acerca de la forma en que yo creo que la mujer siente el amor.

Decir amor es casi tanto como decir mujer. Las mujeres aman siempre, aun aquellas que no tuvieron ocasión de amar nunca. Con el secreto dolor de sus almas, estas mujeres crean un ídolo en el recogido aposento de sus corazones, templan su fe con una devoción abnegada y hacen de su virtud heroica y anónima ofrenda a la esperanza.

Las que alguna vez amaron, allá en los remotos albores moceriles, siguen amando siempre. De por vida les alienta el tibio calor generoso de los besos que sorbieron sus labios en felices tardes de pasión, besos largos e infinitos como la ilusión que los inspiró. Cuando pierden la esperanza en el hombre, ponen su amor, los restos de su fracasado amor, en las flores que perfumaron sus manos y elevan a reliquia los pétalos secos, cuyas fragancias se amustieron entre las satinadas páginas de los breviarios.

De viejas, cuando los músculos tiemblan y las pupilas se enturbian, aman aún con más vehemencia quizás que de doncellas. La ciencia cruel de la vida hace que las almas amantes sobrevivan a la carne caduca y vencida con un divino so-

plo de aliento inmortal. En los solitarios idilios con el pasado, las viejas almas ríen las victorias gozadas con risa dulce y trémula que apenas tiene fuerza para afluir al labio. Los pechos son santuarios donde se alzan altares al amor del hombre. A lo largo de la vida se glosan los recuerdos en sueños que el alma añora en éxtasis. En el lento silencio que cae del cielo a la hora mística del crepúsculo, cuando la tenuidad de la luz sirve de ardimiento a las invocaciones y el leve vuelo de las brisas vierte rumores de arrullo en la transparencia del aire, los viejos corazones derrotados se elevan a Dios, y en la blanda calma de los gabinetes femeniles se escucha la oración de las almas solitarias.

El amor de la mujer es un arte insigne por que rima la Verdad con la Belleza. La mujer siente el amor por irresistible impulso espiritual. Con dolor se gesta y y en cautiverio se trueca. La llamarada del celo es en ella accidental. La adoración elevada a culto es para ella lo esencial. Al encarnar el alma del hijo en su entraña, penetra en el alma de la mujer un rayo de sol. En el curso de la vida, los

sentimientos nacidos dentro del pequeño mundo íntimo de sí misma, crean un afán, un sueño, una ilusión, algo sublimemente grande que en gérmen lleva alientos de amor. En todos los momentos de su vida, en las querellas más dolorosas y en las abyecciones más inícuas, la mujer se redime por la gracia del amor. El mismo Cristo lo afirmó con una síntesis ejemplar, al ver a María Magdalena arrodillada ante él, besándole los pies y regándoselos con lágrimas, en la casa de Simón. Al reprocharle el fariseo por dejarse tocar de una mujer tenida por cortesana, el Salvador pronunció estas sabias y prudentes palabras:

«Los pecados de esta mujer deben serle perdonados por haber amado mucho».

La privanza que la mujer ejerce en la voluntad de Dios es debida a su arte para convertir el amor en sacrificio. El amor del hombre es ardiente, impetuoso, loco. El de la mujer es lento, hondo y apacible. No se encrespa por una adversidad pasajera. Sabe esperar, resignarse y sufrir. Cuando le aflige alguna pena llora mansamente, sin alaridos ni maldiciones. Cuando trata de consolar los dolores del

hombre, el corazón de la mujer se desborda en mieles, el alma se rasga en ternuras y los ojos se funden en lagos de lágrimas.

Las mayores vilezas de la mujer se redimea con el amor. Sus pecados se anulan y perdonan con los dolores de madre. La maternidad es expiación y gozo. Y el ser madre ¿qué es sino amor?





La mujer en la orfandad

Decir orfandad para la mujer española es tanto como decir desastre. La pérdida del padre supone la cerrazón de todos los horizontes, el fracaso de la vida, la renunciación al porvenir, la apocalipsis. Cuando muere el jefe de una familia, suele decirse con frase gráfica que *se lleva la llave de la despensa*, como queriendo dar a entender que, al faltar el que aporta el dinero para sufragar los gastos de la casa, no hay posibilidad de seguir viviendo. Ante una desgracia tan enorme se siente un doble pesar: el dolor de perder al ser querido y el horror de no tener quien sostenga en adelante las necesidades de la familia.

El dolor espiritual se encalma poco a poco. Es fatalismo humano que el olvido cura. El otro dolor es el que subsiste a través de todas las vicisitudes de la vida.

Dentro de las normas sociales corrientes, la orfandad tiene para la mujer una significación siniestra que supera a la pena amarguísima producida por la pérdida del padre. Orfandad quiere decir rectificación de toda una vida, liquidación súbita del pasado, perspectiva de un porvenir ruinoso. La educación e instrucción que se da a la mujer, la colocan en un mundo aparte del mundo real donde efectivamente vive. A fuerza de cuidarla, levantando entre ella y el mundo una barrera de convencionalismos y de escrúpulos, se la hace arrecida e inepta. En el instante de expirar el padre, toda su fe se desploma en profundos abismos. A su fondo ruedan los lamentos y las ilusiones mezcladas con lágrimas. La rudeza del golpe paraliza en ella la actividad, la sangre se arrastra lánguidamente por el cauce de las arterias, sin fuerza casi para animar al corazón, la inteligencia se sume en tétricas tinieblas, la vida se estanca en un lapso mortal y el espíritu se declara en vergonzosa derrota.

La mujer se rinde sin lucha a la fatalidad, porque no sabe luchar. Durante su vida no aprendió más que a dejar correr

una existencia automática, ajena a las intrigas de la vida real. Su alma entelerida y sus facultades incultas, hacen que su juventud sea estéril. En plena floración juvenil, cuando debiera comenzar para ella la aurora de una vida plena, risueña y fecunda, empieza su calvario. Huyendo de ensombrecer su ilusión, la hacemos torpe e inútil.

Si los padres son funcionarios de alta categoría, las mujeres disfrutan en la juventud de una vida regalada, de ciertas consideraciones sociales y de relativo fasto para presentarse en sociedad. En la orfandad, como no están preparadas para nada, tienen que amoldar las grandezas soñadas al marco de una pensión miserable. Algunas se adaptan a su nuevo estado arrastrando una cruenta vida de sacrificios y abdicaciones. Otras, más rebeldes al infortunio que su indefensión les depara, se lanzan al mundo locamente. Aturdidas en medio de la vorágine de las pasiones, se atropellan a sí mismas en su desesperada carrera en pos de la conquista de un ensueño. A veces quieren volver la vista atrás, espantadas de su propio desvarío, para enmendar el iti-

nerario. La idea de la esclavitud y de la miseria que les espera sirviendo a un amo o ganando un jornal, les horroriza. Les atrae, les ciega el cabrilleo de las libertades ruidosas. Sin guía ni freno, acaban por arrastrarse por el cieno, poniendo precio a su belleza. Al remate de la juventud, estas pobres vírgenes envilecidas amustian los últimos restos de su hermosura en las intimidades del prostíbulo, cuando no son carne de clínica que sirve de pasto a las investigaciones científicas en las salas de disección de los hospitales.



La coquetería de la mujer

No hay que confundir en la mujer el arte de agradar al hombre con la coquetería. Ser grata al hombre, atraerle gentilmente, conquistar su preferencia y aun prender en su alma una brasa de amor, es arte de excelso linaje. La mujer en su intimidad tiene algo de niña y mucho de flor. Como niña, muéstrase caprichosa y voluble, reidora y bruja. Como flor, siente la necesidad de que la acaricien manos amantes y de que su aroma sirva de consuelo a las almas que mueren de soledad. La coquetería es un juego cruel, un vicio horrendo, un deporte sádico, que llena de dolor y pone fiebre en el corazón de los hombres para lograr triunfos livianos y breves.

El arte de agradar al hombre es arte sublime que enaltece a la mujer. Mediante su ejercicio, confirma el alma femenina la maravilla de su señorío. La voz mela-

da, los ojos cargados de luz, el pulso incierto, el jadear acelerado, el labio propicio a la ofrenda galante rimada con besos y la carne trémula, sobre la que pone la emoción un reflejo dorado, son magnos artificios para lograr victorias sobre el hombre, En esos estados de plena y gloriosa felicidad, el alma cautiva fulge luminarias de pasión bajo la transparencia de las lágrimas rotas.

En cambio, la coquetería en su concepto de amor sin norma, es un modo vulgar de imaginar triunfos donde sólo puede haber burlería y vileza. La mujer que prodiga la música de sus risas y el tesoro de sus gracias para llamar la atención del hombre, puede no despertar amor. Su campechanería empalagosa y clueca es ardite para mentir enajenaciones súbitas que no convencen a nadie. Sus falsos arrebores de emoción equivaldrán al guiño cruelmente bello de Colombina. Su belleza no logrará sublimizaciones ni su amor se elevará a devoción. Se anhelará poseer a la hembra en la brava apoteosis del celo. Con los labios marcará el hombre un lento itinerario de besos sobre las curvas gentiles del contorno, besos-

que chascarán alaridos sin prender lumbre en el alma. La mujer se tornará entonces estatua sin vida mortal. En perpetua erección su belleza ante los sentidos del hombre, no se le rendirá amor, ni honor.

La mujer coqueta no vencerá jamás definitivamente. Sus victorias podrán ser tantas como las horas de su vida. Habrá amado mucho. Pero sin haber amado nada en concreto. Sus pasiones no serán glosarios de triunfos logrados, sino capítulos sueltos, páginas volanderas sin valor alguno. Cuando la juventud comience a declinar, el dolor de la derrota se marcará en su cara con un rictus de amargura, y en sus pupilas temblará una gota de llanto. El hastío de los hombres será cancel que ponga término a la risa de sus amores en el otoño de la vida.

En cambio, el arte de agradar al hombre sin estridencias de risa ni proclamaciones de gesto, es un arte digno y glorioso. Mediante su ejercicio se despoja la mujer de la envoltura de hembra para elevarse a concreción divina. Es arte sublime, porque crea nuevas formas de belleza que hacen grata la vida del hombre.

Chiquillerfas

Muñecas y muñecos

A doña Lucía Calle de Casado, maestra nacional de A de horno (Segovia).

Señora: soy lector devotísimo de cuanto escribe usted. La fluidez y prestancia de su estilo, moldean pensamientos de preclara estirpe mental. No adolecen los artículos suyos de amaneramientos artificiosos para dar gentileza a la forma. Las ideas, noblemente sentidas, las expresa con tan diáfana sencillez que, además de encantar, se aceptan y comparten sin discusión.

Hablando de la inclinación que las niñas sienten por las muñecas, ha dicho usted muy acertadamente, que tales juegos tienen una significación intuitiva que debe estimularse con especial interés para dirigir con tino los sentimientos infantiles. El culto y ático cronista don An.

tonio Zozaya, ha dicho también que las mujeres tienen, en todos los momentos de su vida, un poco de madres. Por mi parte, abundando en la misma opinión, creo que la maternidad comienza a manifestarse con las primeras ternuras que la niña prodiga a la muñeca, y que esta iniciación irreflexiva se reproduce constantemente en el curso de la vida de la mujer, con mil detalles de extraordinaria importancia psicológica, hasta santificarse con la augusta efectividad del ejercicio de madre, sacrificándose por el hijo, dándole su amor y viviendo totalmente para él.

Yo también he tenido ocasión de observar los juegos de las niñas. Mi hija mayor, criatura de cuatro años, *me quiere más* cuando en nuestros juegos íntimos, ella simula que es la madre y yo actúo de hijo talludito. En la ingénuo ficción del juego infantil se finge todo, menos el amor. La niña se siente madre de veras, se pone muy grave y atempera el gesto a las sensaciones que ella atribuye caprichosamente a las muñecas. En ciertos momentos solemnes llama muy dignamente de usted a la *pepona*, en la misma

forma que la llama a ella mi esposa cuando la reprende por alguna fechoría.

Las niñas juegan a las madres para aprender a serlo, y ponen tanta emoción en el empeño, porque sus castas almitas llenas de ingenuidad necesitan transmitir a alguien el tierno amor que rebosan.

¿Qué más da que el *bebé* con quien juegan sea de cartón o de trapo, si, después de todo los niños no son otra cosa que muñecos de carne? El cariño de las niñas a las muñecas es un sentimiento instintivo que revela su misión en el porvenir, iniciando con juegos inocentes deberes en cuyo cumplimiento habrán de poner su fe, su abnegación, su amor y su vida.

El amor de madre no se produce por generación espontánea, sino por consecuencia de una sucesión de hechos que lentamente van formando el alma femenina y disponiéndola al heroísmo anónimo. Este efecto despierta con las primeras palpitations de la concepción genésica en la entraña de la mujer. Pero antes, en un albor lejano, quizás al proferir los primeros balbuceos infantiles, fué opción generosa de la niña al jugar con su

muñeca, aprender a sentir la ternura de ese amor, en cuya fecha, y a partir de entonces para siempre, aprendió a amarla, a velar su sueño y a deberse a ella. Los besos dados al juguete por la niña, son las primeras caricias maternas de la mujer.

Hasta tal extremo admito la trascendencia de la actuación de la madre en la formación y dirección del alma humana, que, espiritualmente, creo que la mujer es la creadora por excelencia de la voluntad de los hombres, la alentadora de la firmeza de las razas y la inspiradora de la gloria de los pueblos. Si en nuestro espíritu se mantuviese perenne el puro hervor afectivo de los primeros años y de los primeros amores, el hombre amaría a la mujer por gratitud y no por apelaciones instintivas.

Jugando a *las madres* se enseñan las niñas a ser mujeres. Sabiendo ser mujeres son sus almas tesoros inagotables de ternura, de amor y de gracia. La línea divisoria entre la mujer y la niña es casi imposible determinarla. No hay en la vida femenina un momento crítico, preciso, matemático, en que pueda decirse que la

mujer dejó de ser niña para empezar a ser mujer. Es mujer o niña alternativa-mente, caprichosamente, arbitrariamente, sin plan y sin lógica. De *bebé* gusta dársele de señora seria y adopta muy grave empaque para tratar a la muñeca. De vieja se esmera en remedar a la nieta en sus juegos y zalemas y hasta lloriquea con ella disputándole las golosinas y los juguetes.

La mujer es siempre niña y la niña es siempre mujer. Campoamor lo cantó donosamente, diciendo:

*Mientras la abuela de una muñeca ali-
y haciéndose la niña se consuela, (ña
haciéndose la abuela, usa la niña
el báculo y la cofia de su abuela.*



INDICE

	<u>Páginas</u>
A Emilia Bonal.....	5
Palabras de una mujer.....	7
Educación de la mujer.....	11
La mujer y la Patria.....	15
La mujer y la familia.....	19
La mujer en la miseria y en el dolor.	25
La mujer en el gobierno de la casa..	31
La madre.....	37
Religiosidad de la mujer.....	43
La belleza de la mujer.	51
La mujer parásita.....	57
La riqueza de la mujer.....	65
El lujo de la mujer.....	69
La mujer en la calle.....	75
La delincuencia de la mujer.....	81
Profesiones de la mujer.....	89
Amor de mujer.....	95
La mujer en la orfandad.....	101
La coquetería de la mujer.....	105
Muñecas y muñecos.....	109
Indice.....	115

OBRAS DEL MISMO AUTOR

BARATIJAS.—Colección de crónicas festivas.

EL OTRO.—Boceto de novela.

PATRIOTISMO.—Conferencia.

LOS EXPLORADORES DE ESPAÑA.—Conceptos, notas y comentarios.

AMOR DE MUJER.—Novela.

EL CUENTO DEL ABUELO.—Entremés dramático.

EN PREPARACIÓN

MARISOL.—Novela.

EN LA SANTA CIUDAD DE AVILA *Dietario espiritual de un cadete.*—Novela.

Precio: DOS pesetas.

SWIFTAS

ella Douper

1111